

Jutta Limbach

Memoria y sociedad civil

Los días conmemorativos dedicados al final de la Segunda Guerra Mundial siempre han sido momentos culminantes de la controversia en torno a la comprensión adecuada de este acontecimiento y de la caída del poder del nazismo. Con motivo del sexagésimo aniversario en 2005, observamos que los supervivientes sentían una notable necesidad de comunicarse, aunque no todos: a los presos de los campos de concentración todavía hoy les sigue resultando difícil hablar de aquella época.

De manera más acentuada que en los decenios anteriores, los supervivientes hablan sobre lo que hicieron y lo que dejaron de hacer, sobre todo, durante los últimos meses de guerra. Recuerdan públicamente el sufrimiento y las pérdidas que les provocaron los ataques aéreos, la emigración, la expulsión y los excesos violentos de los aliados. En los últimos años se ha publicado una serie de biografías familiares y libros divulgativos que presentan como tema estas experiencias.

Los últimos supervivientes que de jóvenes aún vivieron activamente la guerra –por ejemplo, como soldados o como miembros de la defensa aérea– aparecen en entrevistas en las que explican si vivieron el 8 de mayo de 1945 como una liberación o una derrota, lo que conocían o desconocían de los asesinatos en masa y cómo percibían en aquel entonces la figura de Hitler. Una vez más comprobamos lo poco que supuestamente sabían del terror las personas de aquella época.

A los alemanes les ha costado mucho aprender a enfrentarse con el pasado de manera autocrítica, al igual que les costó mucho llegar a la democracia. Fue, sobre todo, el movimiento estudiantil el que impulsó el examen crítico del nazismo y no sólo concentró la atención en sus crímenes, sino también en el trato que las elites de Hitler recibieron durante la posguerra. Éstas seguían trabajando en las universidades y en los organismos jurídicos y administrativos sin haber desperdiciado una sola palabra para distanciarse del Gobierno de terror padecido entre los

años 1933 y 1945. Todo lo contrario: los primeros intentos de documentar públicamente los delitos nazis y la contribución de la justicia fueron denunciados como acciones subversivas impulsadas desde el Este, que no tenían otra intención que minar el sistema republicano y federal.

¿Quién se atrevería a negar que Adenauer cargó en aquel entonces con una herencia muy pesada? En aquel tiempo, él no podía abrigar la esperanza de construir una democracia «sobre las ruinas de un país destruido», si paralelamente «se apartaban de sus cargos a millones de antiguos nazis» (Wesel 2002: 58). Sin embargo, se pagó «la ganancia de estabilidad política» con una «pérdida de credibilidad moral» (Frei 1990: 100). Aquí se utilizó el argumento de la estabilidad. Hoy nos preguntamos, a la inversa, si un examen más profundo de este criminal capítulo de la Historia no es una condición necesaria para la estabilidad de una comunidad que quiera llamarse democrática.

Para las generaciones de la guerra e inmediatamente posteriores a ella, la memoria de la vergüenza *por* Auschwitz y la responsabilidad *de* Auschwitz son razones de Estado de Alemania. Sin embargo, esa ruptura de la civilización ha perdido su valor de legitimación para las generaciones más jóvenes. En las actuales discusiones sobre la cultura del recuerdo en Alemania, ya se habla de una penosa retórica conmemorativa.

Los posteriores reconocimientos de culpa de los descendientes —ésta es una de las acusaciones— sirven «sólo para sacar lustre a su propia imagen». Y como dice Wolfgang Sofsky, «ningún descendiente puede ganar autoestima o capacidad crítica conmemorando los baños de sangre provocados por sus antepasados. Los muertos de Treblinka no están ahí para que los alemanes puedan acceder a una nueva identidad» (2005: 15).

La pérdida significativa de poder de la generación del 68 en la interpretación histórica se explica fácilmente, aunque los protagonistas del movimiento estudiantil hoy dispongan de poder político. En una democracia no se pueden dictar imágenes históricas. Además, todas las generaciones tienen su estilo interpretativo, sobre todo, aquéllas que no recuerdan el régimen nazi por experiencia propia o por la de sus padres. Por ello, para las generaciones más jóvenes ni el sentimiento de culpa ni el arrepentimiento pueden fundamentar la obligación de la memoria.

Se anuncia un cambio en la memoria colectiva: la memoria cultural reemplaza la memoria comunicativa, basada en la experiencia propia.

La memoria cultural –según Heinrich August Winkler– debe «ritualizar la conmemoración» y «proporcionar tradiciones para prevenir el olvido» (2002: 653). La proclamación del día de la liberación de Auschwitz como día conmemorativo nacional es un paso en este camino.

Con la creciente distancia de la época nazi el tratamiento del Holocausto cambiará: será cada vez menos emocional y moralizante y cada vez más racional. Esto no implica ni un punto final ni un olvido. Con razón, Volkhard Knigge, director del Memorial de Buchenwald, recomienda sustituir el *recuerdo* del pasado por el *examen* del pasado (2001). La atención tiene que ir más allá de los sucesos de los campos de concentración y dirigirse al génesis concreto de aquella ruptura de la civilización, sólo así surtirá efecto en la educación para la ciudadanía de la juventud.

Las personas deben haber entendido algo de las condiciones que favorecen el surgimiento de gobiernos totalitarios y de su seducción para estar despiertas. Sin embargo, cómo fue posible aquella barbarie sigue siendo una pregunta desafiante para la que no resulta fácil encontrar respuestas. En este contexto, hay que poner sobre la mesa los condicionantes sociales de la época: entre otros, se pueden mencionar el deseo de un mando fuerte y una sociedad homogénea, la obediencia a la autoridad, los prejuicios antisemitas y racistas, una megalomanía nacional y un chovinismo desmesurado.

Para mantener la estabilidad de nuestra democracia, debemos mantener despierto nuestro juicio crítico frente a la barbarie nazi. En realidad, no se trata de la memoria –como muy bien dijo el director del Instituto de Investigación Social de Hamburgo, Jan Philipp Reemtsma (2004)–, sino de la «conciencia de un peligro», del conocimiento de la fragilidad de nuestra civilización, que siempre será actual.

Auschwitz, el Holocausto, es un paradigma de lo inhumanos que pueden ser los seres humanos o «del potencial humano de crueldad» (Schneider 2004). Es más que un recuerdo que se agota en el mero conocimiento de algo pasado. Sólo un recuerdo en el sentido de una mirada que intenta comprender –Karl Jaspers habla de «apropiación»– puede ofrecer una medida para las acciones y las ideas propias.

El examen crítico del Holocausto puede entenderse así como una obligación moral que incluye la tarea de «educar estrictamente en el espíritu de la humanidad» (Schumacher 2004: 17) a las generaciones venideras: una obligación fundamental que atañe no sólo a los alemanes,

sino a todos los pueblos). La búsqueda de una respuesta a la pregunta de cómo fue posible semejante fracaso en un pueblo con cultura se lleva a cabo con la vista puesta en el presente y el futuro, pues el conocimiento de las causas del poder totalitario es una garantía para la supervivencia de las sociedades civilizadas.

Bibliografía

- FREI, Norbert (1990): *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*. München: Beck.
- KNIGGE, Volkhard (2001): «Abschied von der Erinnerung. Zum notwendigen Wandel der Arbeit der KZ-Gedenkstätten in Deutschland», en: *GedenkstättenRundbrief* 100, 4, pp. 136-143.
- REEMTSMA, Jan Philipp (2004): «Wozu Gedenkstätten?», en: *Mittelweg 36. Zeitschrift des Hamburger Instituts für Sozialforschung* 13, 2, pp. 49-63.
- SCHNEIDER, Christian (2004): «Der Holocaust als Generationsobjekt. Generationengeschichtliche Anmerkungen zu einer deutschen Identitätsproblematik», en: *Mittelweg 36. Zeitschrift des Hamburger Instituts für Sozialforschung* 13, 4, pp. 56-73.
- SCHUMACHER, Björn (2004): «Bombenkrieg und Political Correctness. Argumente gegen eine Gedenkstättenkultur der Gegenwart, die die Opfer des Krieges zur moralischen Selbsterhöhung missbraucht», en: *Junge Freiheit* 45, 4, p. 17.
- SOFSKY, Wolfgang (2005): «Erinnern und Vergessen», en: *Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung*, 6 de marzo, p. 15.
- WESEL, Uwe (2002): *Die verspielte Revolution: 1968 und die Folgen*. München: Blessing.
- WINKLER, Heinrich August (*2002): *Der lange Weg nach Westen*. Vol. 2: *Deutsche Geschichte vom «Dritten Reich» bis zur Wiedervereinigung*. München: Beck.